



Modernidad y desarrollo: de aspiración universal a instrumento político

Modernity and development: from universal aspiration to political instrument

Blanca Rosa Cerpa Bustamante¹

¹ Universidad Nacional Agraria La Molina, Lima, Perú. Email: bcerpab@lamolina.edu.pe

Recepción: 29/03/2020; Aceptación: 15/06/2020

Resumen

La modernidad, nacida de la luz humanística de los Siglos XV y XVI, del avance del interés pecuniario y crematístico conectados al mercantilismo de esos siglos, aunque con raíces más antiguas, construida en lo ideológico con los valores ilustrados y consolidada con las grandes revoluciones de los Siglos XVII, XVIII y XIX, tuvo como síntesis conceptual de sus aspiraciones al progreso y el desarrollo. El objetivo de este trabajo es mostrar los cambios en el significado y potencial de estas categorías y su origen. Interesa también lograr una aproximación sobre el impacto que las innovaciones tecnológicas derivadas de la cibernética, la información y comunicación, así como otros cambios de época, han producido en la vida, el pensamiento, configuración institucional; es decir en los ejes de la cultura. La modernidad, forjada en valores alrededor del ser humano y la sociedad cultura, como las aspiraciones de paz, libertad, justicia, igualdad, modifica su significado y posibilidades con la globalización, el neoliberalismo, la concentración del poder económico y político, entre otros cambios.

Palabras clave: Progreso, Desarrollo, Modernidad, globalización, desencantamiento.

Abstract

Modernity, born from the humanistic light from the XV and XVI centuries, from the advance of the pecuniary and crematistic interest connected to the mercantilism of those centuries, although with older roots, built ideologically with illustrated values and consolidated with the great revolutions of The seventeenth, eighteenth and nineteenth centuries, had as a conceptual synthesis of their aspirations to development and progress. The general purpose of this work is showing the changes about the meaning and potential of these categories and their begining. It is also interesting, to achieve an approximation about clarifying the impact that technological innovations derived from cybernetics, the information and communication links, as well as the other epoch changes, have produced in our life, our thoughts, and institutional configuration; as other changes on the axes of culture. Modernity, forged in new values around the human being and society and culture, their aspirations for peace, freedom, justice, equality, change their meaning and possibilities of globalization, neoliberalism, concentration of economic and political power, among other changes.

Keywords: Progress, Development, Modernity, globalization, disenchantment.

Forma de citar el artículo: Cerpa, B. 2020. Modernidad y desarrollo: de aspiración universal a instrumento político. Revista Tierra Nuestra 14(1):102-116(2020).

DOI: <http://dx.doi.org/10.21704/rtn.v14i1.1507>

Autor de correspondencia (*): Cerpa, B. Email: bcerpab@lamolina.edu.pe

© Los autores. Publicado por la Universidad Nacional Agraria La Molina.

El artículo es de acceso abierto y está bajo la licencia CCBY

INTRODUCCIÓN

Este estudio intenta descifrar los significados de los conceptos de progreso y desarrollo en los tiempos actuales, los contenidos que han adoptado en el concierto internacional, en el componente ideológico de la cultura, en los procesos de cambio social y económico y, en especial, cuáles son sus potenciales como vectores de realización de las expectativas modernas o si el cambio de época reciente ya no les reserva una ubicación preponderante dada la vertiginosidad de la vida contemporánea.

La preocupación generalizada en los últimos tiempos – aún cuando sus inicios se pueden rastrear desde hace ya varias décadas – gira en torno a una supuesta caducidad de los logros más brillantes de la ilustración: el reino de la razón; la creencia en los desarrollos lineales y progresivos; las ideas de progreso, evolución y desarrollo; las grandes utopías o las predicciones científicas o no; la fe en la ciencia misma y en el conocimiento positivista; la visión holística, unitaria, como propósito, como principio ideológico-técnico y como ejercicio. Sin embargo, las raíces de todos estos valores están aún presentes, como el afán de dominio sobre la realidad, aunque han ido tomando sesgos determinados en cada época.

Probablemente todos y cada uno han resuelto necesidades profundas del ser humano en su deseo de controlar el medio, tener más seguridad. Sirvieron también para garantizar el orden, proteger los poderes establecidos y sostener las instituciones creadas; de algún modo, mitos, utopías y otros relatos se instalaron exitosamente porque resolvían en alguna medida, individual y socialmente, las frustraciones que la realidad social creaba.

Por otro lado, el Siglo XX ha sido testigo de la puesta en movimiento de grandes impulsos en los ámbitos social, político y tecnológico. Las dos guerras mundiales, las revoluciones socialistas y otras no sólo tuvieron impacto mundial, y concretizaron procesos forjados ideológicamente por lo menos desde el Siglo XIX bajo la forma de una mirada integral; aspiraciones nuevas expresadas en ideologías y propuestas de orden social, económico y político. En el plano económico y tecnológico, los cambios en las relaciones económicas internacionales y el despegue multifactorial de la tecnología cibernética que ha penetrado en todos los aspectos de la vida y ha dado un vuelco a las comunicaciones y la informática en tiempo récord, han incidido en un desbalance entre las aspiraciones sociales y los medios racionales, organizativos e ideológicos para lograrlas. También la desigualdad social, el incremento de la pobreza junto con el nivel de

crecimiento e impacto de la economía global tiene que ver con la gestación de nuevas pautas de comportamiento, valores y, por lo tanto, de expectativas y actitudes frente a la vida; en pocas palabras, en la gestación de una nueva cultura moderna que pone en entredicho la heredada, es decir aquella que está contenida precisamente en el desbalance entre las aspiraciones y los medios para alcanzarlas, por un lado, con los cambios ideológicos concernidos: razón, valor de la crítica, libertad, igualdad, democracia, estado de bienestar como institución garantizadora, etc. Lo cual, ratifica el postulado de Marx, según el cual, las fuerzas productivas que mueven la economía, impactan en la realidad social y cultural primero que cualquier otro producto social.

Aquí se trata de identificar los aspectos críticos de la modernidad, el rol de la globalización y los nuevos parámetros del crecimiento económico en esta etapa transicional, según algunos, hacia un nuevo estado de desarrollo (¿posmoderno?). ¿Se trata este inicio del Siglo XXI de una transición? Para Habermas, la posmodernidad es el término de batalla que define en parte los tiempos actuales, este es el punto que esta investigación quiere plantear para la reflexión, pasando primero por los conceptos de progreso y desarrollo, su generalización y conversión en centro de las aspiraciones humanas en la modernidad, que se analizarán brevemente.

1. MARCO TEÓRICO

Los términos progreso y desarrollo llevan en su contenido las ideas de cambio y mejora y, en la raíz misma de estas percepciones–expectativas, estuvieron la mirada del tiempo, el afán de medirlo y la previsión, especialmente ligada al trabajo. Como todo lo cultural, sea material, organizativo, intelectual, técnico o espiritual, las expectativas cifradas en el progreso y el desarrollo, son útiles y responden a las exigencias de la época que las invoca, tanto como parte de una corriente social de aspiraciones, como también de demanda y/o reclamo.

- **Aspectos metodológicos:**

La presente investigación se sustenta en un análisis histórico en torno a los grandes hechos económicos, sociales e ideoculturales que han marcado el tránsito a la modernidad. Dada la complejidad de esta época que, sin embargo, mantiene algunas de sus aspiraciones como las de progreso y desarrollo, interesa aquí interpretar, desvelar y localizar los fenómenos que favorecieron las expectativas sobre el mejoramiento económico y social, así como los cambios en sus contenidos. Los datos, en consecuencia,

proceden de investigaciones realizadas en torno a la modernidad y posmodernidad, de estudios concernientes de las ciencias sociales: antropología economía, sociología, historia, interpretaciones de analistas políticos y del campo filosófico.

Como ya se indicó, los campos del saber que han profundizado los aspectos vinculados a la condición humana, a sus aspiraciones y a logros obtenidos históricamente en la ciencia y la tecnología, a la vez que se han ido construyendo, concordantemente con lo anterior, interpretaciones, utopías, mitos y discursos que expresan en su propio lenguaje el marco ideológico que da sentido a conceptos como, en este caso, progreso, desarrollo, modernidad. El objetivo es identificar ese marco sociocultural que da sentido y explica el significado específico de estas categorías en la modernidad. Otro objetivo es poder mostrar cuáles han sido los factores principales, especialmente en el último siglo recientemente concluido, que han modificado drásticamente, por lo menos dos veces, la visión del desarrollo y las aspiraciones que mejor pueden encajar en el término progreso.

La hipótesis comprobada de Marx de que las fuerzas productivas son el motor del cambio en la sociedad occidental es en esta investigación una premisa, un hecho prácticamente indiscutible hasta inicios del Siglo XX, en las áreas metropolitanas y centros de expansión del capitalismo. Es aplicable a las áreas más desarrolladas y autónomas del planeta. Aquí la hipótesis de trabajo es que el Siglo XX ha hecho palpable grandes transformaciones en occidente, iniciadas, sin embargo, desde el gran avance colonialista, con una aparente continuidad basada en valores heredados de la ilustración, pero que se han mantenido casi intocables como instrumento de poder antes que como ideales a ser logrados. Es decir, el eje del cambio de época parece haberse desplazado desde la base económica o de las fuerzas productivas hacia el poder concentrado, al ámbito del poder global.

Así mismo, los grandes valores heredados especialmente los de la ilustración, como son la razón, la justicia, la igualdad, la libertad y la democracia han pasado de ser grandes ideales, luces guías que hay que seguir, a ser instrumentos de poder, de su justificación o de promesa política. Ese desplazamiento de su significación y posición estratégica en la sociedad conlleva un desplazamiento en la forma y función, por lo tanto, en el peso que pueda tener en el comportamiento de

las personas y de la sociedad. Ahora “los grandes valores de occidente” han pasado de ser objetivos a ser parte del discurso político, hasta que tal vez, ya muy desgastados, desaparezcan, no por haberse realizado, sino porque al perder vigencia como principios guías y no ser creíbles como instrumentos de poder, dejen de ser necesarios también como tales.

- **Progreso, desarrollo y proceso.**

El término progreso, emparentado con el de desarrollo, tiene una elevada carga valorativa, amplitud o cualidad generalizante y está vinculado a la modernidad, la cual tiene que ver con muchos otros valores, mitos y expectativas que se articulan eficientemente a su contenido semántico, quizá en parte por sus cualidades antes señaladas hasta ser en algún momento el *summum* de los grandes valores de la modernidad. Aun así, el concepto mismo de progreso es inestable y parece desmoronarse frente al fenómeno de cambio de época. La idea de progreso ya existió entre los antiguos; los griegos usaron el término *προχοπη* (*prochope*); en latín: *prōgressus*, *prōgressio*. Posteriormente, esta palabra fue adoptada en todo occidente; así, en inglés se utiliza el término *progress*, en francés *progres*; en alemán: *Fortschritt*; en italiano, *progresso*.¹ Hay un uso mucho más general de progreso que permite su aplicación a los más diversos aspectos de la realidad y la vida. Según este significado, se trata de un desenvolvimiento constante hacia el mejoramiento. Abbagnano y Fornero definen el progreso como “una serie cualquiera de hechos que se desarrollan en el sentido más deseable”², lo que supone una equivalencia entre lo mejor y lo deseable, términos relativos según cada sociedad-cultura. Esto último hace que el concepto de progreso conlleve representaciones distintas, aunque concuerde en todos los casos con la definición anterior.

El otro significado de progreso consiste en “la creencia de que los hechos en la historia se desarrollan en el sentido más deseable, realizando una perfección creciente”³, es decir, la convicción de que el mundo, la vida, los hechos humanos van de menos a más.

Se ha considerado la idea de progreso como estrictamente occidental y moderna, como la evidente materialización de la evolución

¹ Abbagnano y Fornero; 2004:859.

² Loc. Cit.

³ Loc. Cit.

cultural⁴; sin embargo, esta concepción es más antigua. El primer significado de progreso se refiere a un proceso: algo que se va haciendo progresivamente, que se da en el tiempo y que produce estados superiores sucesivos respecto a lo anterior, subsumido en un pasado que ya no cuenta. Pero también progreso es el punto de llegada, siempre superior y, por lo tanto, deseable aspiración de la sociedad-cultura que lo formula. En este segundo significado, el progreso es creencia, fe o convicción de que el devenir del tiempo y de la acción humana conducirá a estados superiores; el sentimiento eurocéntrico, además, asume que el progreso debe ser igualmente valioso para cualquier sociedad.

El concepto de Abbagnano y Fornero, el que nos remite a la cuestión ideológica, es más abarcador y dependiente de la cultura en tanto pensamiento dominante, mentalidad de época y espacio cada vez más expandido. Aunque ambos conceptos están conectados, ya que se dan en el mismo marco de sociedades-culturas que comparten un mismo origen cultural, al menos en parte, o que han recibido su influencia. Este concepto, por estar instalado en la mente social, de valores compartidos, forma parte de lo incuestionable, de lo que la gente acepta sin actitud crítica y que se mantiene debido a que permanentemente se le refuerza.

Y es que la idea de progreso satisface muchas exigencias de la vida: convencimiento de que las expectativas se pueden cumplir; adecuación práctica de la acción a las expectativas; mantenimiento del orden establecido, el *stablishment*; cierta paz social para continuar un proyecto local, nacional o internacional; uso político de la creencia: sea para llegar al poder o para mantenerlo, para controlar a opositores o evitar que se legitimen socialmente. El éxito de esta creencia convertida en mito también se explica porque, además de la múltiple conveniencia social e individual que ella comporta, los dos conceptos se sostienen y se fortalecen mutuamente dando así lugar a convicciones de uso múltiple. El diccionario del saber moderno⁵ consigna las dos clases de definición de progreso pero ampliadas, explicadas y situadas en la modernidad. Es esto lo que, al marcar una pauta racionalista, plantea la “exigencia de inteligibilidad en cuanto a la historia” y elabora una interpretación de la realidad. El progreso es “un proceso de acumulación (de

los hombres, de los medios de producción, los conocimientos, las obras) en el seno de un proceso de repetición”, es, dice, un “fenómeno simultáneamente cuantitativo y cualitativo”⁶. Las revoluciones industriales se tradujeron “en un estado determinado de conocimiento, un entorno institucional e industrial particular, una cierta disponibilidad de aptitudes para definir un problema técnico y resolverlo, una mentalidad económica para hacer que esa aplicación sea rentable y una red de productores y usuarios que puedan comunicar sus experiencias de forma acumulativa, aprendiendo a utilizar y crear ...”, todo lo cual forjó a la vez la imagen del progreso y la generalización de expectativas en un cierto sentido⁷.

La filosofía de la polaridad de Sheldon apela a principios de la dialéctica histórica de Marx, como el del conflicto y la lucha de los opuestos⁸. Este acercamiento es interesante porque ayuda a diferenciar proceso de progreso: el primero es indetenible y puede conducir al progreso; el segundo, se refiere a los puntos de llegada en tanto se verifique una situación superior a la previa, como producto de un proceso y en tanto a) la acción humana esté marcada por la intención de lograr tal condición superior y b) exista por eso mismo la expectativa de llegar a él. El proceso es el cambio, el progreso el logro, real o mítico, pero que implica un proceso, una dinámica.

• El desarrollo como proceso histórico.

Marx y Sheldon reconocen la dinámica del cambio como el principio fundamental de lo existente y, en consecuencia, la dimensión temporal es imprescindible para ambos. Sin embargo, Sheldon enfoca su teoría procesualista en las polaridades que, siendo opuestas y asimétricas, se atraen y complementan sin neutralizarse, por lo tanto, sin dar lugar al fin del proceso. Las polaridades no son un proceso pero apuntan a él. “La síntesis de opuestos no da lugar, pues, a una *vía media*, sino a una constante marcha, que es a la vez producción y mejoramiento de lo real”⁹.

⁶ Loc. Cit.

⁷ Castells, 2005:1, 63.

⁸ La tesis correspondería a la presencia actuante de los opuestos, la antítesis sería el enfrentamiento entre ellos para resolver el conflicto y la síntesis, el estado de equilibrio alcanzado como solución al conflicto. El proceso sin embargo no se detiene porque nuevos opuestos emergen en la realidad.

⁹ Ferrater Mora, 1999:IV;3259

⁴ Berlín 1974:9-14

⁵ Akoun et al., s/a, P. 450.

Para Marx, en cambio, lo importante es desentrañar el funcionamiento histórico de la humanidad¹⁰, las leyes que producen el cambio a través de la historia de las configuraciones sociales. Para lograrlo, apela a la dialéctica hegeliana como modelo filosófico, pero su punto de partida no es la *idea* sino las condiciones materiales de cada época, el nivel tecnológico que produce a su vez una cierta clase de relaciones sociales. Las condiciones materiales están constituidas por las fuerzas productivas de la época, las necesidades humanas con sus retos y exigencias, el nivel tecnológico, los medios de producción y el objeto de producción, todo lo cual se articula gracias al aparato institucional y las relaciones sociales, factores estos últimos de incidencia en la ideología y la política, es decir en la superestructura. Así pues, Marx localiza, explica y analiza el motor del cambio y su funcionamiento. “En la producción social de su vida, los hombres contraen determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción que corresponden a una determinada fase de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas, de conciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de vida social, política y espiritual general. No es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino, ... el ser social es lo que determina su conciencia”.

“Al llegar a una determinada fase de desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes, o, ..., con las relaciones de propiedad dentro de las cuales se han desenvuelto hasta allí”¹¹.

A cada gran etapa del proceso histórico del cambio social, Marx le llama *modo de producción*, el mismo que se instala progresivamente a partir de la solución al conflicto que surge por la incompatibilidad entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción, más reacias estas últimas al cambio.

Así, mientras en Sheldon busca mostrar cómo actúan los opuestos a favor de una

dinámica de cambio, en Marx lo que interesa del cambio es el funcionamiento mismo en la historia humana, cómo actúan los contrarios, cómo intervienen las condiciones materiales tecnológicas sobre aquella otra parte que afirma la sociedad y que consolida sus instituciones y patrones ideológicos. Comprender esto es para Marx entrar activamente en el control del porvenir, es decir, en cierta forma, orientar el progreso. Y aquí es donde se produce el salto hacia un concepto más técnico: el de desarrollo.

Así, mientras el progreso es una aspiración y, a la vez, el cumplimiento “natural” del proceso de mejoramiento, en concordancia con la ideología y los principios evolucionistas, el desarrollo implica intervención humana programada más al detalle. El Siglo XIX forja el ingreso a un concepto de desarrollo que desplaza al de progreso, especialmente en el Siglo XX, posguerra mundial, en tanto introduce aspectos teóricos favorables a la visión técnica predominante y a la acción política orientada a construirlo. Así se establece la alianza teórico conceptual entre modernidad y desarrollo.

2. CARACTERIZACIÓN DE LA MODERNIDAD

En términos cronológicos la modernidad ha sido establecida entre los Siglos XV y la actualidad, enmarcada por hechos trascendentes que cambiaron a occidente y a los muchos pueblos organizados que encontraban a su paso a lo largo de las invasiones y colonizaciones emprendidas desde el Siglo XV hasta el XVIII y más, en sus inicios, asociado este proceso al desarrollo náutico y al mercantilismo expansivo; en lo cultural, al renacimiento y el humanismo; en los tiempos recientes –para algunos de su caducidad por cambios profundos del capitalismo- como efecto de la tendencia neoliberal protegida por la globalización y el surgimiento de regímenes competitivos. En su caracterización cultural, la revolución informática y de las comunicaciones, con fuerte impacto en otros ámbitos de la vida como: medicina, política, producción, con gran concentración del poder, constituye un factor importante de definición de una nueva modernidad.

- **Bases de la modernidad: el humanismo como proceso impulsor.**

El Gran telón de fondo de la modernidad que la impulsa y acompaña, con algunos altibajos, es el humanismo que comienza antes de que se le reconozca históricamente como tal, hacia los Siglos XI-XII; aunque

10 Al menos como perspectiva, porque en realidad se concentró en el estudio de occidente, es decir, en Europa.

11 Marx 1969:187-188

se le identifica más nítidamente en el XIII, en medio de las preocupaciones sociales y políticas, vinculadas también al avance del mercantilismo y crecimiento de la ciudad; nuevas ideas como las de Pedro Du Bois (Siglo XIII), quien instala el nacionalismo en el pensamiento de la época. La base económica del humanismo naciente, movilizado al interior de medioevo, es decir, dentro de la religiosidad de la época, la preocupación sobre el alma y la salvación, ya asomaba el inicio de otro gran proceso de los Siglos XII, XIII, XIV: la secularización aún en ciernes. Eiximénis (1340-1409) teorizó sobre el nuevo espíritu que asigna a la ciudad un alto valor, e inicia el pensamiento secularista.

Preocupaciones antropológicas y de deslinde entre el poder civil y el de la iglesia marcan los cambios ya evidentes después, en los Siglos XV y XVI, cuando ya se asume el cambio de época, un nuevo espíritu, la modernidad. Los grandes cambios influenciándose y movilizándolo el mundo: expansión en el globo, mercantilismo pujante, cambios tecnológicos, aunque hay que aclarar que occidente importó tecnología a la vez que pudo desarrollar, gracias al flujo económico, tecnologías de Oriente y América, por lo menos. Son estos cambios los que trastocan los principales sistemas de ordenamiento institucional, político e ideológico que en la antigüedad se centraron en la ética, la filosofía y la política, sin que la ciencia estuviera ausente; en la Edad Media en la Religión, la ética y la filosofía; para después, ya en la modernidad, trasladar ese centro a la ciencia y la tecnología, sin abandonar nunca la filosofía, ni la religión, aunque sí descuidando la ética; ciencia y tecnología serán los exponentes máximos de racionalización que parece relegar a las demás preocupaciones humanas a lugares inferiores; sin embargo el siglo XIX, receptor del espíritu humanista del Iluminismo, va a dar lugar importante a las preocupaciones históricas, sociales junto con las tecnológicas.

El renacimiento y la Reforma explicitan la tendencia desacralizante del pensamiento que procede, sin embargo, no de un cambio de mentalidad antojadizo, contingente, sino de factores materiales, económicos y tecnológicos, de procesos que sacuden los valores occidentales. Son esos factores materiales que impulsan a Europa más allá de sus límites continentales desde el Siglo XV y sobre todo en el XVI junto con nuevas perspectivas de conocimiento y dominio del mundo que desembocan en el desarrollo de “esferas culturales de valor”, que, a su vez,

hicieron posible “procesos de aprendizaje de acuerdo en cada caso con la diferente legalidad interna de los problemas teóricos, estéticos y práctico morales”¹².

La idea de progreso como mejoramiento constante hacia lo más deseable parece diluirse en la Edad Media, al parecer porque la preocupación principal de los filósofos cristianos se concentra en armonizar la búsqueda de la verdad, la ciencia universal, el afán enciclopédico con la religión, con la ley¹³. La Edad media se debate entre su religiosidad, el poder del Papa y la herencia recibida de la antigüedad: Aristotelismo, neoplatonismo, y, en el centro, el esfuerzo por conciliar esa búsqueda de verdad y sabiduría a través de la integración al referente institucional, religiosos y laico, con la “ley”. Pero la estructura medieval ya contiene en su seno los “gérmenes de desintegración”¹⁴. Desde mediados de la Edad Media hay una gran efervescencia del pensamiento a pesar de la carga represiva y dogmática que la caracteriza. Su oscurantismo es de orden político. Precisamente el endurecimiento de la iglesia, el Santo Oficio y la hoguera se explican por ese gran despliegue intelectual que los sectores más conservadores de la religión percibieron como amenazante. Entre las muchas agrupaciones que en esa época se alzan contra lo establecido destacan los valdenses, o albigenses y los seguidores de Joaquín de Flora¹⁵.

Constituida la base material de la modernidad desde fines del Siglo XV, en el XVI y el XVII, comienza a emerger una nueva visión de la vida, la sociedad y el cambio. A fines del Siglo XVI Giordano Bruno (1548-1600) expuso ideas que relacionan el transcurso del tiempo con el mejoramiento de la vida, cuando afirmó: que “nosotros somos más viejos y tenemos más edad que nuestros predecesores” porque el juicio se madura con el tiempo¹⁶, pensamiento compartido por Francis Bacon, quien afirmó que la verdad es hija del tiempo.

En términos históricos, la modernidad habría comenzado en el Siglo XV, con procesos como la expansión europea y su llegada a América, el renacimiento y la reforma, hitos reconocidos, con pequeñas variantes por la mayoría de quienes han tratado el tema¹⁷.

¹² Habermas, 2008:11

¹³ Straus, 1970:44

¹⁴ Xirau, 2004:206

¹⁵ Loc. Cit.

¹⁶ 1584: “Cena delli ceneri”, en; “Opere italiane2, I. 31-32., apud. Abbagnano y Fornero 2004:80.

¹⁷ Ver Habermas, 2008 (1985): I,II:15; Berman, 1999: 2-3;

El origen del concepto moderno de progreso se encuentra en Bacon y Descartes, en el pensamiento emergente que ellos representan. Como lo ha destacado Sabine, la modernidad aparece conectada a conocimiento y la acumulación de experiencias¹⁸. La célebre disputa de Antiguos y Modernos surge en buena cuenta de estos postulados iniciales de Bacon y de los escritos de Alessandro Tassoni, su contemporáneo, en especial los *“Pensieri diversi”* y las críticas a los escritores y sociedad de su época. La querrela, sin embargo, tuvo su mayor expresión hacia fines del Siglo XVII y a lo largo del XVIII. Entre sus representantes franceses estuvieron Fontenelle y Perrault. Representan estos tiempos figuras prominentes como John Locke en el Siglo XVII, y Emmanuel Kant en el XVIII. También entonces emergen y se instalan categorías como conciencia histórica, progreso y desarrollo. Hegel representa el pensamiento que sintetiza los cambios de mentalidad y espíritu de la época. Ya en el Siglo XIX emerge el discurso crítico de la modernidad, con figuras importantes como Marx y Nietzsche y en el Siglo XX, Foucault, Vattimo, Rorty. Es el desarrollo de las creencias físicas y naturales, impulsoras de la tecnología aplicada las que ofrecen nuevas expectativas y seguridad al espíritu de la época¹⁹. Al lado de la ilustración, el Siglo XVIII ofrece un panorama de condiciones económicas y sociales que acaban con el antiguo régimen feudal monárquico absolutista e instauran el estado, estado burgués moderno²⁰.

Como hecho representativo de estos tiempos se registra la famosa querrela entre Antiguos y Modernos ya referida, el Romanticismo del Siglo XVIII y XIX. Este último observa los grandes cambios de la producción, las costumbre, las luchas sociales, la explosión demográfica que se prologan e intensifican en el Siglo XX, coronados por el “gigantesco desarrollo de los medios de comunicación y de información”²¹.

- **El racionalismo occidental o modernidad consciente de sí**

En Habermas el tránsito entre la edad media y una modernidad consciente de sí se produce hacia 1800, más concretamente con Hegel, quien habría desarrollado por primera

vez un concepto claro de modernidad. Para Habermas, la división de la historia en Edad Antigua, Edad media y Edad Moderna sólo fue posible cuando la idea de época nueva (*neue zeit*) o época moderna se desligó del factor puramente cronológico para incidir en el contenido distintivo, único, que consiste en el racionalismo occidental, es decir “la relación no contingente”, sino necesaria entre una y otra, como los destacó Max Weber en la ética protestante. El desencantamiento o entronización de lo racional sobre lo religioso, consiste en el desplazamiento de las imágenes religiosas del medioevo por una cultura profana occidental, también conocido dicho proceso como secularización que es el que da a la modernidad su carácter distintivo.

Pero más allá de estos hechos importantes que propiciaron el surgimiento de nuevas condiciones sociales y económicas y, consecuentemente, de valores, creencias y visión del mundo, una serie de rasgos se perfilan progresivamente desde entonces. Entre ellos Vattimo señala: primero, el culto por lo nuevo, por lo original; segundo, una perspectiva amplia que percibe “*la historia humana como un proceso progresivo de emancipación, como la realización cada vez más perfecta del hombre ideal*”. Tercero, una asignación de mayor valor a lo porvenir por radicar allí el avance y, cuarto, una visión unitaria de la historia²². El primer rasgo pertenece a la tercera modernidad, es decir los tiempos más recientes, siglos XX y XXI; el segundo alcanza su mejor expresión en el siglo XIX y, junto con los dos siguientes, contienen en sí mismos la idea de progreso: “sólo si existe la historia se puede hablar de progreso”²³.

Por su parte, Urdanibia²⁴ destaca cinco aspectos de la modernidad: dice que se trata de un proyecto universalista de “civilización”, coincidiendo así en lo relativo a la idea de proyecto con López Gil²⁵; ese proyecto descansa y se afirma “sobre el optimismo de un progreso tecnológico ineluctable”; asimismo, posee un “sentido seguro de la historia”; se sostiene en un dominio racional y democrático, y, por último, trata de realizar “las diferentes utopías revolucionarias de un futuro emancipado”²⁶. Como en Vattimo, aquí están subsumidas también las ideas de historia y progreso.

García Canclini, 2001: Castells, M. 2005. Etc.

¹⁸ Sabine, 1994:436; Abbagnano y Fornero, op. Cit. 80.

¹⁹ Urdanibia, 1994:45

²⁰ Loc. Cit.

²¹ Ibid: 46

²² Vattimo, 1994:10

²³ Loc. Cit.

²⁴ 1994:44

²⁵ 1996:19

²⁶ Urdanibia, Loc. Cit.

- **La modernidad: valores y configuración social.**

La subjetividad, la razón ilustrada, la crítica, el orden lógico y la conciencia histórica, relacionada ésta con la idea del progreso, son, entre otros, los valores más caros de la modernidad cada uno de los cuales se sostiene en metarrelatos o discursos legitimadores. Habermas destaca la razón y su ejercicio o racionalidad; la libertad subjetiva que se realiza tanto en la búsqueda y “persecución racional de los propios intereses” como a través del Estado que participa en “la formación de la voluntad política”; “la autonomía y autorrealización éticas” en lo que se refiere a la vida privada; el proceso de formación e información vía la educación y los medios que facilitan la apropiación de una cultura reflexiva²⁷. Pero son estos mismos valores los que llevan el germen de su cuestionamiento y obligan o producen las condiciones para su radicalización²⁸.

La subjetividad siguió un proceso histórico que se habría iniciado con la reforma, para consolidarse con la ilustración y tomar bríos en la *Revolución Francesa*. Como principio de la Edad Moderna, fue descubierta por Hegel quien además le atribuye dos cualidades importantes en el desenvolvimiento de la modernidad: su superioridad respecto a otras épocas y realidades y su propensión a las crisis²⁹. La primera de ellas la vincula con el significado de progreso como algo inherente a la modernidad, más que producido por ella. El mundo moderno “hace experiencia de sí mismo como mundo del progreso y a la vez como mundo del espíritu extrañado”³⁰. El espíritu extrañado Hegeliano es lo que Habermas llama también el *yo descentrado* y se refiere al espíritu que está fuera de la normatividad y valores heredados. “Para el que se han quebrado todos los vínculos y que sólo puede vivir en la felicidad del autogoce”³¹ esta pérdida de los referentes, especie de desubicación que entraña la sensación de desamparo es síntoma de los cambios de época; pero también de la exclusión, de los que están fuera del sistema, del orden oficial, con los consecuentes espacios de inseguridad y miedo que afecta a los seres marginados. Cambio de época, exclusión intracultural, diferencias interculturales y de poder global y, por último, el aislamiento subjetivo, la soledad del que voluntariamente opta por la reflexión.

El principio de la subjetividad tiene que ver con otros rasgos de la modernidad, como el modo de relación del sujeto consigo mismo, las aptitudes y actitudes propias de la cultura moderna y que dan lugar al desarrollo de la ciencia; la concepción moral acorde con la libertad subjetiva del individuo y de sus derechos. Así, entre el mundo del progreso y el mundo del espíritu extrañado, la modernidad se autojustifica y se autorregula apelando a la crítica, una de las cuatro connotaciones de la subjetividad, junto con el individualismo, la autonomía de la acción y la filosofía idealista. Mientras el individualismo es el derecho particular de hacer valer las pretensiones de cada quien, la autonomía de la acción implica libertad y especialmente responsabilidad en tanto el sujeto es fiador de lo que hace. La filosofía idealista es la que se forja en la idea que se autorreconoce. Pero es la crítica la que se constituye en el motor de la modernidad en tanto medio que actualiza constantemente los valores que la sociedad-cultura reconoce. Al estar imbuida la modernidad de esa exigencia, complejiza el armazón de sus construcciones culturales: normas, relatos, metarrelatos, instituciones, penas y castigos, todo ello para “legitimar” el mismo orden resultante.

La filosofía distingue las esferas culturales de valor³² y las legitima. Hacia fines del Siglo XVIII, la ciencia, la moral y el arte correspondían a ámbitos de actividad distintos, así quedaron separadas, por un lado, la esfera del saber del de la fe y, por otro, la esfera del saber de lo social. Hegel consideró a esas tres esferas como “acuñaciones del principio de la subjetividad”³³.

En cuanto a la razón, otro valor central de la modernidad, es la “*capacidad de alcanzar conocimiento de lo universal, o de lo universal y necesario, de ascender hasta el reino de las ‘ideas’ (ya sea como esencias, ya sea como valores, o ambos)*”³⁴. Pero también la razón, en su segundo sentido, es proporción o ratio, ya sea matemática o como modo de ser de las cosas y el orden al que pertenecen. Un tercer significado de razón es el de fundamento: la que explica el porqué de las cosas, llamada por ello razón suficiente. Por último, en cuarto lugar, razón es un “decir” que se funda en un modo de ser. Aquí interesa la razón como eje de la filosofía postKantiana, desde el idealismo alemán en adelante, especialmente Hegel que la asume críticamente y en un

²⁷ Habermas, 2008:99

²⁸ Ibid. 100

²⁹ Op. Cit. 27-28

³⁰ Loc. Cit.

³¹ Hegel apud. Habermas, Ibid. 29

³² La ciencia y la técnica, el derecho y la moral, el arte y la crítica de arte.

³³ “El comercio social jurídicamente organizado y la convivencia cotidiana” (Ibid. 30).

³⁴ Ferrater Mora, 1999:IV:2998-3001

sentido dialéctico, como algo que “se hace y deviene”, que sigue un curso paralelo al del espíritu y que se define como “*la certidumbre de la conciencia de ser toda la realidad*”.

Lo que viene a ser, sin embargo, sólo el primer estadio en el desenvolvimiento dialéctico que se inicia con la razón que observa, continúa con la actualización de la conciencia de sí mismo por su propia actividad.

Para Hegel, el poder unificador que tuvo la religión en la Edad Media tendría que ser ejercido por la razón en la modernidad. Cuando esto se cumpla y los sujetos sientan la razón como poder de la unificación se estaría ante la razón reconciliadora³⁵. La razón es un valor moderno, producto de la ilustración, Hegel la concibe como “*un poder que no sólo diferencia y fragmenta el sistema de la vida, sino que también es capaz de unificarlo de nuevo*”³⁶. Con ese poder unificador, la razón “*...ha de superar el estado de desgarramiento en que el principio de la subjetividad*” la ha hundido al igual que “*al sistema completo de la vida*”³⁷. Sin embargo, la razón, quizá el máximo paradigma de la modernidad, no llegó a reemplazar a la religión en cuanto a su poder unificador social en el pasado; Hegel esperaba que “una dialéctica de la ilustración que haga valer la razón como equivalente del poder unificador de la religión”, reemplazara a ésta, lo que resultó ser una expectativa fallida por estar basada en la creencia de que el pensamiento o las ideas por sí solas son capaces de cambiar el mundo. De hecho, la Edad Media solo demuestra que el poder se concentró en Emperadores y el Papa, pero no que tuvieran exactamente bajo control todo el pensamiento de la época.

La modernidad configura una retórica, una lógica y una ideología³⁸, lo que significa que están presentes unitariamente en las instituciones socioeconómicas y políticas como la producción económico-industrial y el Estado burocrático-administrativo³⁹. Corresponde a una época: la época moderna, marcada por una racionalización creciente, por la especialización científica, por la diferenciación técnica de las empresas y, como ya se señaló, por una organización burocrática empresarial y estatal. Esta nueva configuración social presenta otros rasgos como una mayor división del trabajo y de las funciones sociales, es “altamente elaborada

y formalizada” para hacer más eficaz al sistema ante su creciente complejización; en ella se debilita la separación entre trabajo manual y trabajo intelectual; se vuelven muy importantes la programación, la organización y la información, entre otros rasgos⁴⁰.

Según Weber, lo racional de la modernidad se resuelve en el surgimiento de las ciencias experimentales modernas, las artes autónomas y las teorías de la moral y el derecho que forjaron esferas culturales con capacidad de propagarse. Por otro lado, el desencantamiento representa la caída de las imágenes religiosas que se resuelve en la emergencia de una cultura profana pero que también emerge de la racionalización, proceso este que viene a ser por eso el eje de la modernidad⁴¹. La consecuencia en el ámbito del pensamiento es la construcción, a veces a partir de ideas preexistentes, de nuevos paradigmas y metarrelatos como el de progreso, el de desarrollo, el de modernización, el de emancipación de la humanidad.

Prácticamente, aquí se desenvuelven efectivamente nuevas formas de conocer y producir, pero también se desactivan aquellos patrones y valores que, en principio, son obstructores en la carrera emprendida por aquellas. Así, la racionalización se traduce como profanización de la cultura occidental⁴² en base simultáneamente a dos “núcleos organizativos”: la empresa capitalista y el aparato estatal burocrático, ambas fuentes indiscutibles de poder. Hasta aquí la explicación weberiana tiene que ver con la dinámica y estructura internas de la modernidad, en tanto que Durkheim y Mead puntualizan los aspectos difusores de la cultura⁴³. Modernidad y racionalidad están fuertemente conectados, interdependientes, como procesos mutuamente incluyentes, tanto en Durkheim como en Mead. Habermas define modernización como “*el manejo de procesos acumulativos y que se refuerzan mutuamente*”. Se refiere, dice, “*a la formación de capital y a la movilización de recursos, al desarrollo de las fuerzas productivas y al incremento de la productividad del trabajo, a la implantación de poderes políticos centralizados y al desarrollo de identidades nacionales, a la difusión de los derechos de participación política, de las formas de vida urbana y de la educación formal, a la secularización de valores y normas, etc*”⁴⁴. Es decir, el proceso

³⁵ Habermas, 2008:41

³⁶ Ibid. 39

³⁷ Hegel Apud. Habermas, op. cit. 32.

³⁸ Urdanibia, 1994:46

³⁹ Habermas, 2000:22; Fernández del Riesgo, 1994:77.

⁴⁰ Fernández del Riesgo, op. cit. 79

⁴¹ Weber, apud. Habermas, 2008:11-13

⁴² Loc. Cit.

⁴³ Ibid. 12

⁴⁴ Loc. Cit.

socioeconómico que trata de ir construyendo la modernidad⁴⁵.

El término modernización surge en la década de 1950, es decir en la posguerra e inicios de la Guerra Fría, precisamente cuando se habla del desarrollo como algo oficial, objetivo común del mundo y cuando, por eso mismo, se le da un contenido técnico y se le instrumentaliza. Esta ubicación más pragmática políticamente y coincidente con el espíritu moderno es probablemente, uno de los factores que define en gran medida el tránsito a un nuevo cambio de época y convierte la modernidad “*en un patrón de procesos de evolución social neutralizados en cuanto al espacio y al tiempo*”⁴⁶, en tanto el eje se ha desplazado fuertemente hacia el poder.

Pero no solo autonomiza a la modernidad respecto a sus orígenes, sino que rompe su unidad constitutiva con el racionalismo. El fenómeno que Habermas describe es la constatación, sin embargo, de algo que ya ha pasado a lo largo de la historia de la humanidad y que Marx explicó: el orden socioeconómico y tecnológico constituye el motor creador de nuevas ideas, las sistematiza con prontitud y produce todo un aparato justificatorio de esa configuración que adquiere así la vida propia y puja por perennizarse. A la vez que el desarrollo indetenible de las fuerzas tecnológicas y materiales en general siguen sus siempre novísimos y atractivos derroteros, al mismo tiempo nuevos complejos ideoculturales se entretajan para el servicio de la nueva situación social, incluyendo expectativas, ideales, metarrelatos. A partir del siglo XX estos procesos han adquirido una velocidad arrasadora por el disparo tecnológico cibernético que ha dado un vuelco a las comunicaciones y la información en general, impactando de manera nunca antes experimentada en todas las intervenciones humanas: naturaleza, poblaciones, salud, economía, mercados, aunque con una distribución más elitista que nunca, en tanto el eje del mundo radica en la concentración del poder.

3. EL DESARROLLO Y SUS AVATARES

La modernidad ha sido definida como el proyecto humano que se caracteriza por tres rasgos centrales: el control y dominio de la realidad, la autonomía del individuo, y el uso de la razón iluminada⁴⁷. El problema con esta definición está,

primero, en el punto de partida. ¿es la modernidad un proyecto? Tal vez metafóricamente; las ideas de plan, programa, proyecto, adquieren importancia con la modernidad, es cierto; pero ésta no es en sí misma un plan o proyecto, que suponen ante todo mentalizar un futuro, “proyectarse” sobre lo deseable. Sin embargo, no es suficiente esa mirada hacia el porvenir que puede por sí sola situarnos en el marco de una utopía o, si contiene una cierta racionalización de posibilidades, en la idea de progreso. Para que un proyecto sea tal, debe de pasar de esa imagen-objetivo a determinar lo que es necesario hacer y de que recursos hay que valerse para actuar en concordancia. La modernidad no fue un proyecto sino una sucesión de proyectos históricos que se han formulado como consecuencia de avances tecnológicos y expectativas crecientes, utopías y proyectos específicos en relación con el orden social y económico; es el caso de las propuestas de Hegel, de los socialistas utópicos y del estudio histórico dialéctico de los grandes cambios de época en occidente, del cual surgió el pronóstico socialista de Marx. Tal vez el proyecto que más pueda identificar a la modernidad sea precisamente el de desarrollo, cuyo objetivo central es expandir los logros de la modernización, mejorar las condiciones de vida y de capacidades humanas: para la producción, el ejercicio de la razón, el bienestar general, el mejoramiento tecnológico, etc.

La Idea de progreso tiene que ver como ya se dijo, con el cambio y con la historia. Dados los roles que este antiguo concepto va a desempeñar en la modernidad como época orientada al futuro, es comprensible, funcional si se prefiere, que el método dialéctico haya cobrado un rol privilegiado en el pensamiento ilustrado, especialmente en Hegel y, después, en Marx. Una teoría del movimiento y especialmente de la dialéctica afianzaron la fe en el progreso⁴⁸, que acompaña también, aunque en una perspectiva distinta, los planteamientos de Marx y Engels. Para Urdanibia⁴⁹ la idea de progreso es uno de los tres núcleos fundamentales de pensamiento moderno, junto con la idea de sujeto autónomo y de la razón como valor máximo. Pero lo más relevante es la articulación entre esos conceptos y las modificaciones que sufren conjuntamente a lo largo de los tres estadios de pensamiento que él distingue, sobre todo a partir de la modernidad. Así, del Renacimiento a la Ilustración la tesis sobre el sujeto es que todos los hombres eran esencialmente idénticos entre sí, lo que se tradujo en las ideas de universalidad y de identidad. Esa tesis es intervenida por la cuestión histórica a lo

⁴⁵ García Canclini, 2001:40

⁴⁶ Habermas, Loc. Cit.

⁴⁷ López Gil, 1996:19

⁴⁸ Burckhardt, 2010:148

⁴⁹ Op. Cit. 51-52

largo del siglo XIX y primera mitad del XX, se introduce entonces una visión relativista del sujeto que es ahora pensado desde su colectividad, como ente social, donde las categorías como cultura, nación, clase social, etnia, son fundamentales⁵⁰. La idea de progreso es por eso una promesa de liberación y exigencia de dominación a la vez que fórmula articuladora de las nuevas ideas de sujeto y de historia, idea mediadora entre estas últimas.

- **El desarrollo como aspiración y proyecto.**

La modernidad reciente, la que adviene con la revolución industrial, exige una visión del mundo y de la vida humana más amplia y articulada; holística, sistémica y móvil; de allí que se afronten conceptos que reúnen esas características: la cultura, el desarrollo, lo social, la evolución, los procesos de cambio, entre otros. Inclusive conceptos como cultura, progreso y desarrollo parecen hermanarse en su afán totalizador. Ayudan en esta ruta dimensiones que facilitan la mirada de la unidad y articulación, tales como el espacio y el tiempo, imprescindibles en los estudios históricos y evolutivos, vinculados además al afán abarcador de la época; inclusive teoría y método de investigación ponen más énfasis en las categorías que interpretan lo integral, el movimiento, el cambio, como la dialéctica hegeliana o la marxista, la teoría de la evolución, del cambio, el progreso.

Se percibe, sin embargo, en lo que al desarrollo respecta, un cambio de contenido significativo en lo que va del siglo XIX al XX. Mientras el siglo XIX es el depositario de notables teorizaciones sobre el avance social y los procesos evolutivos, como es la interpretación de la historia y el desarrollo social de Marx y Engels, el siglo XX incorpora a ese concepto dos aspectos novedosos que se van a traducir en una asunción del desarrollo de forma distinta: la que apunta a sus aspectos técnicos y a los políticos. El siglo XIX investiga y teoriza en torno al desarrollo, la evolución, la sociedad; en cambio el siglo XX da al desarrollo otra perspectiva, la que se potenciará con la globalización.

Las teorías de interpretación de la sociedad, su funcionamiento y el cambio histórico en el siglo XIX, tienen también a Comte, con su teoría de las tres grandes etapas de la humanidad; Spencer, quien aún antes de Darwin ya exponía sus ideas sobre la evolución universal; Darwin y la evolución de la especie desde el inicio de la vida en

el planeta y, como ya se señaló, Marx, quien aplicando la teoría y método del materialismo histórico dialéctico, y aplicando a las fuerzas productivas el rol impulsor del cambio establece las grandes etapas del desarrollo social a las que llamó modos de producción. El concepto de desarrollo dominante en Marx es integral y abarcador; tiene que ver con los grandes procesos históricos que ha seguido la humanidad: “*La burguesía moderna, como vemos, es ya de por sí fruto de un largo proceso de desarrollo, de una serie de revoluciones en el modo de producción y de cambio*”⁵¹. Y cuando emplea el término progreso como sinónimo de desarrollo afirma que “*a grandes rasgos, podemos designar como otras tantas épocas de progreso en la formación económica de la sociedad, el modo de producción asiático, el antiguo, el feudal y el moderno burgués...*”⁵²; concepción del desarrollo presente en todos sus escritos, como en los de Engels y en los que elaboraron conjuntamente⁵³.

Pero al lado de esta teoría con pretensiones de universalidad, surgen otras teorías con diferente signo en las siguientes décadas. El siglo XX ha sido testigo de la puesta en movimiento de grandes fuerzas en los ámbitos social, político y tecnológico; las dos grandes guerras, las revoluciones socialistas, populares y demás, tuvieron impacto mundial y dieron lugar a procesos cuyas raíces ideológicas se habían sistematizado el siglo anterior, rescatando las teorías elaboradas, la mirada integral, las aspiraciones crecientes y proyectos llevados al plano político. En lo económico y tecnológico, la violenta transformación de las condiciones y relaciones económicas internacionales y el despegue multifactorial de la tecnología cibernética que ha penetrado en todos los aspectos de la vida y ha dado un vuelco a las comunicaciones y la informática en tiempo récord, han incidido en un desbalance entre, por un lado, las aspiraciones sociales y los medios racionales organizativos e ideológicos para lograrlas y por otro lado, el nivel de crecimiento e impacto de la economía global

⁵¹ 1969^a (1848):36. También en pp. 39,51,53,59 y ss. Ver también pp. 60, 61 y antes el Prefacio de los mismos autores a la edición alemana del “Manifiesto ...” (Ibid. 30).

⁵² Marx, 1969b (1869):188 y también 187.

⁵³ Engels: 1891 “Introducción a “Trabajo asalariado y capital” de Marx, “Obras escogidas”:71; pp. 82,85; ibid. “El dieciocho Brumario de Luis Bonabarte”: 99; Ibid. “Salario, precio y ganancia”: 230; Ibid.” Prólogo a la primera edición alemana del primer tomo de “El Capital”: 240,241-242. Así como en el capítulo XXIV del primer tomo de “El Capital”: “La llamada acumulación originaria” 244-245.

⁵⁰ Entre el romanticismo y la crisis del marxismo. Ver Urdanibia, Loc. Cit.

y de la tecnología informática.

- **El desarrollo como estrategia política.**

El Siglo XX ha fraguado y desplegado transformaciones y hecatombes de calibre y significado imprevisible, excepto para sus promotores y ejecutores. De hecho, todas las épocas han tenido algo similar pero nunca en el tiempo récord de cien años: conflagraciones mundiales, guerras, invasiones; dictaduras sanguinarias bien repartidas en el mundo; revoluciones políticas, tecnológicas, del conocimiento, lucha por el poder sin respeto a las comunidades diferentes, ni a sus ordenamientos socioculturales y políticos. La globalización es el fenómeno característico del siglo XX; no es un proceso espontáneo, se trata, en cambio de la expresión conjunta y articulada de un conjunto de estrategias económicas y políticas que incluyen procesos drásticos de cambio en diferentes ámbitos de acción, desde el sistema capitalista, el orden institucional global, las políticas de desarme, invasiones, guerras, tratados y alianzas; normativas e intervenciones en la política de países tercermundistas, etc.

Estos países, también llamados países en vías de desarrollo, -quizá sólo un eufemismo más-, resultan ser los más perjudicados con las nuevas reglas de juego: pago de deuda externa conminatorio, privatizaciones, modificación impuesta en su estructura institucional, etc. Peor aún, desmantelamiento generalizado de la institución más importante para cumplir los grandes objetivos de desarrollo como el fortalecimiento de la democracia, mejoramiento de las condiciones de vida de la población, así como la protección de los recursos naturales y los ecosistemas; el Estado de Bienestar, prácticamente abatido, sistemáticamente minimizado y ajustándose a las políticas y mandatos del Banco Mundial, Banco Interamericano de Desarrollo, Fondo Monetario Internacional, según lo establecido en el consenso de Washington, relegando así los valores más caros de occidente; democracia, libertad y, en el plano de las naciones, autonomía y soberanía. Simultáneamente muchos otros grandes valores, universales, son desconocidos y sometidos a acondicionamientos múltiples; tal es el caso del derecho a la vida, a la salubridad, al suelo⁵⁴ y al disfrute de su medioambiente sano que el Estado debe garantizar. Esto implica la gestación de

una nueva cultura moderna que, pone en entredicho la heredada, con lo cual, una vez más, parece ratificarse uno de los postulados de Marx: las fuerzas productivas, por tanto tecnológicas, son las que mueven la economía, impactan en la realidad primero que cualquier otro producto social e ideológico.

Después de la Segunda guerra Mundial el poder de Estados Unidos en el mundo se torna hegemónico. El discurso por la paz va emparejado por una estrategia que se orienta a afianzar ese poder y a enfrentar al llamado segundo mundo. Para ello se establece una estrategia consistente en un despliegue mundial de su política internacional, mediante, primero, el impulso de una institucionalidad de nivel mundial en torno a una Sociedad de Naciones, después Organización de Naciones Unidas ONU, estos organismos asumen a nivel mundial las políticas en torno al trabajo, la alimentación y la agricultura, la niñez, el desarrollo, la cultura, el comercio, las finanzas, etc. El segundo gran rubro de esta estrategia fue la Guerra Fría⁵⁵, sirviéndose, no de armas (de allí su nombre), sino del baluarte de uno de los valores más enaltecidos por accidente: la libertad y, dentro de ella, la libertad de expresión, defendida a capa y espada, por lo que se esperaba de ella: nadie podía vetar lo que viniera de su ejercicio, así, el énfasis de la guerra fría fue la propaganda abierta y feroz del capitalismo mundial, del héroe ficticio transformado en policía global. Así se logró combatir el novísimo Segundo Mundo, el socialista, el gran peligro para la democracia en el mundo y a la vez introducir en las mentes jóvenes el casi odio hacia los “malos”, los que siempre tenían una de las nacionalidades vetadas.

La tercera línea estratégica son enlaces y refuerzos de las anteriores y de la cuarta, a través de la difusión sistemática de ciertas corrientes de pensamiento político, de la satanización y ataque frontal a instituciones preexistentes y que eran consideradas como enemigos del sistema establecido. Esta estrategia minó severamente, por medio de la propaganda y de “acuerdos” en las convocatorias de la *élite* mundial del poder, congresos y otros, la bondad de instituciones claves en el ejercicio democrático: doctrinas y partidos políticos y respeto a ciertas reglas de juego. Una sublínea fue el fortalecimiento del liberalismo en una perspectiva más cruda e impositiva: el neoliberalismo, establecido

⁵⁴ Y al subsuelo que lo compromete, no como dijo un presidente: el campesino tiene derecho a la tierra, pero no al subsuelo (¿¡!?)

⁵⁵ Ver Chomsky “El miedo a la democracia”, capítulo sobre la Guerra Fría. Duró 30 años y algo más, entre 1950-1984.

a través de acuerdos internacionales que representaban no necesariamente intereses de naciones sino de entes transnacionales; el Consenso de Washington; acuerdos de la Banca Mundial, etc. favorables al gran capital y a las mejores condiciones de inversión. Paralela, pero coherentemente, el Estado de Bienestar fue arrastrado a una asfixia autoinfligida en gran parte, nada de promover el desarrollo ni de crecer, invertir o asegurar el bienestar de los ciudadanos.

La cuarta línea estratégica fue precisamente el desarrollo, lo que motiva este trabajo. Esta estrategia se puso en marcha ante las expectativas crecientes que el segundo mundo generaba como una alternativa prometedora de gestión y administración de una nación, la posibilidad de lograr condiciones más equilibradas de vida y de mayor cobertura hasta incorporar a toda la población. Los países en vías de desarrollo vieron en el socialismo una opción para al fin lograr ese anhelado desarrollo; por ahora estaban cada vez más endeudados y sin posibilidad de crecer. El desarrollo promovido desde el poder y la institucionalidad global cobró presencia y posibilidad. Y no eran sólo palabras o discursos; numerosos estudios sobre la realidad de los países pobres y su anhelado crecimiento económico vieron la luz; teorías como la de la dependencia (Raúl Prebisch), desarrollo integral, desarrollo hacia adentro (CEPAL), sustitución de importaciones, etc. Fueron sólo algunas muestras de la movilización profesional y técnica que se echó a andar. Becas, posgrados, doctorados, toda una maquinaria para convencer que el desarrollo planificado era más que una posibilidad, podía ser real.

Esta estrategia no fue, sin duda, lo que se esperaba de ella, sino lo contrario. También duró 30 años, como la Guerra Fría entre los 60 y los 90, con sus márgenes de inicio algo antes y de clausura, algo después. Por qué no funcionó y no quedó instituida como el medio más técnico, solidario y científico de llegar al desarrollo. Porque su gestación fue alienada, foránea, y porque, por lo tanto, se formuló y apoyó en fines muy distintos a los que internamente cada país diseñó. Igualmente, el trabajo conjunto entre países en desarrollo tuvo como guía los objetivos pensados por ellos y no los de los estrategas del gran poder que tenían la voluntad o no, la posibilidad de financiar el desarrollo en sus manos y no en las de sus hacedores más interesados.

• **Causas de la cancelación del desarrollo como posibilidad tecno política.**

La propuesta del desarrollo desde la nueva sociedad de naciones, en América Latina fue aprobada en la Carta de Punta del Este en 1961, junto con una serie de especificaciones (casi autorizaciones) de las políticas que debían emprender los países involucrados: hacer la reforma agraria, por ser este el sector marginal y en pobreza crónica en su mayor parte en cuanto a población y tierras; hacer las reformas estructurales necesarias para dinamizar la economía hacia el desarrollo; instaurar cada país una entidad responsable de la planificación del desarrollo. Además, Estados Unidos se comprometió a financiar los planes de desarrollo que los países prepararan y, sobre todo, se formuló un modelo general, al que se dio el nombre de “Desarrollo hacia adentro”, uno de cuyos componentes económicos fundamentales fue la “sustitución de importaciones”.

Las causas de la cancelación del desarrollo como gran política fueron, hipotéticamente, las siguientes por el lado de sus gestores:

- Se le concibió como una exigencia para desalentar a los países pobres y/o en vías de desarrollo de optar por la fórmula socialista, severo contratiempo ante el propósito de instaurar un neoliberalismo total.
- Se consideró que propiciar expectativas de desarrollo haría que la gente se enfoque en ese esfuerzo.
- Probablemente se creyó que la tarea era demasiado ardua para los países pobres, que también quizá son también escasos de seso y ociosos⁵⁶. La culpa sería así sólo nuestra.
- No se previó la rápida expansión y aceptación que los países pobres concedieron al desarrollo como esfuerzo por hacer. Los expertos y técnicos latinoamericanos aplicaron su mayor entusiasmo, casi fervor, sus calificaciones y esfuerzo llegando a obtener teoría, métodos, mejoramiento técnico desde la innovación, trabajo en equipo y disciplina.

Por la parte institucional encargada (CEPAL):

- Puso su mayor esfuerzo técnico, político y económico. Impulsó teorías, metodologías, capacitación: académica,

⁵⁶ Un experto norteamericano que estuvo en Perú para asesorar el proyecto de un Museo Nacional expresó claramente este prejuicio que no consiguió corroborar, allá por los 80s.

de posgrados, stages o pasantías.

- Puso a funcionar un sistema de intercambios de experiencias, asesoramiento, tanto en lo técnico como en lo político.
- Pero se identificó tanto con el asunto qué se le fue de las manos, no por la institución en sí, sino porque su lectura del “propósito” real del programa no fue correcto. Esto último es una suposición que no llega a hipótesis, quizá siempre lo supieron pero se negaron aceptarlo.

CONCLUSIONES

- Las concepciones de progreso y desarrollo son muy antiguas pero su contenido, su semántica, varía de una época a otra según la necesidad de expresar algo propio, distintivo y necesario para ella. Por lo tanto, ya que en los tiempos recientes los cambios han acortado la duración de cada época, también se observa que esos contenidos difieren en lapsos cada vez menores: pocas décadas hasta un siglo.
- El significado de desarrollo ha pasado, sólo en lo que a la modernidad se refiere, por muchos cambios, sobre todo en los dos últimos siglos ha pasado de ser ya no sólo un concepto generalizado de mejora constante previamente a la revolución industrial a ser una preocupación en el campo del conocimiento histórico y social en medio de otros conocimientos de las ciencias naturales, físicos y tecnológicos (S.XVIII y XIX), el telón de fondo es el humanismo forjado en varios siglos previos y el resultado ha sido una significativa producción teórica orientada a interpretar el cambio, las leyes que los rigen y su utilidad predictiva; las ciencias sociales: antropología, sociología, prehistoria y economía, y otras como la filosofía, sobre todo sus aportes a la teoría, están mucho más conectadas por su preocupación común: el humanismo (S.XIX). Los grandes procesos a lo largo del Siglo XX, en lo político, tecnológico y económico global modifican una vez más el rol y contenido de las ideas de desarrollo, colocando en el centro grandes intereses políticos y económicos de alcance mundial.
- Lo anterior se plasma, desde al menos mediados del siglo XX, en una serie de orientaciones en torno a la economía capitalista global y en medidas estratégicas para el fortalecimiento y centralización del poder. El desarrollo pasa a ser un recurso para el logro de ambos propósitos en perjuicio

de los objetivos humanísticos de amplia cobertura social.

- La revolución informática es no solo telón de fondo, sino que facilita que la gente cuente con nuevos incentivos en el uso de su tiempo más que en su propio crecimiento, en el de sus sociedades culturas o en el de mejorar las condiciones de vida de sus congéneres.

BIBLIOGRAFÍA

- ABBAGNARO, Nicola y Giovanni Fornero 2004 *Diccionario de Filosofía*. México D.F. Fondo de Cultura (FCE), 4ta edición en español 2004, Segunda reimpresión: 2008. La primera edición de 1960 por Nicola Abbagnaro, en italiano. Esta edición actualizada y aumentada por G. Fornero y Abbagnaro es traducción de la Tercera edición en italiano de 1998, revisada por Pedro Torres Aguilar.
- AKOUN André, George Chacornac, Jean Chevalier, et al. s/f. *Diccionario del saber moderno. La Filosofía: De Hegel a Foucault. Del Marxismo a la fenomenología*. Bilbao. Ediciones Mensajero. Bajo la dirección de André Novay, han redactado los artículos principales: Frederic Bon, Michel-Antoine Burnier, Jean Cuisenier, Jean Desanti, Francois Guery, Nicolas Herpin, Abraham Moles, André Novay y Francois Rouger.
- FERRATER MORA, José. 1999. *Diccionario de Filosofía*. Nueva edición actualizada por la Cátedra Ferrater Mora bajo la dirección de Joseph-María Terricabras. 4 volúmenes: I: A – D; II: E – J; III: K – P; IV: Q – Z. Barcelona, Editorial ARIEL 1999 en base a edición de 1994, 3ra reimpresión 2004.
- BERLIN, Isaiah. 2004. *La traición de la libertad*. Seis enemigos de la libertad humana. Editado por Henry Ardi. Traducción por María Antonia Neira Bigorra. México. Editorial Fondo de Cultura Económica (FCE) Segunda reimpresión 2006. Reproducción de seis conferencias radiales.
- BERMAN, Marshall. 1999. *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. La experiencia de la modernidad. Primera edición en inglés 1982. N.Y. Primera edición en español 1988. México. Siglo veintiuno editores S.A. 11° Edición.
- BURKHARDT, Martin. 2010. *Pequeña historia de las grandes ideas como la filosofía inventó nuestro mundo*. Madrid. Ediciones Siruela, S.A.
- CASTELLS, Manuel. 2005. *La era de la información*. Economía, Sociedad y

- Cultura. Alianza editorial. México 2005. Siglo Veintiuno editores, XXI.
- CHOMSKY, Noam. 1997. *El miedo a la democracia*. Barcelona. Grijalbo Mondadori S.A. Traducción de Marcia Carol. Revisión de Carme Castells
- FERNÁNDEZ DEL RIESGO, Manuel. 1994. *la posmodernidad y la crisis de los valores religiosos*. En: Varios: *En torno a la posmodernidad*. Barcelona, Anthropos, 77-101 pp.
- GARCIA CANCLINI, Nestor. 2001. *Culturas híbridas*. Buenos Aires. Editorial PAIDOS.
- HABERMAS, Jürgen. 2000. *Perfiles filosófico-políticos*. Madrid. Taurus- Grupo Santillana 2008 *El discurso filosófico de la modernidad* Buenos Aires. KATZ, Editores.
- LÓPEZ GIL, Marta. 1996. *Filosofía, modernidad y posmodernidad* Buenos Aires. Editorial Biblos.
- MARX, Karl y Friedrich Engels. 1969a. *El manifiesto del partido comunista*. (1848). En: Obras escogidas. Moscú. Editorial Progreso.
- MARX, Karl. 1969b. *Prólogo de la contribución a la crítica de la economía política*. En: C. Marx y F. Engels. Obras Escogidas. 186-190 pp. Moscú. Editorial Progreso.
- XIRAU, Joaquín. 2004. *Vida y obra de Ramón Llull*. México D.F. FCE. Breviarios.